

SEGUNDA PARTE

POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA

CAPITULO VIII

Una política de paz
y una guerra inoportuna



CAPÍTULO VIII UNA POLÍTICA DE PAZ Y UNA GUERRA INOPORTUNA

TODAVIA a mi regreso de Italia siguió por algún tiempo instalado en Burgos el gobierno que estaba ya en trance de reforma. La paz era un hecho nuevo, de complejidad infinitamente mayor que la guerra. Sobre todo porque con la paz se aflojaba necesariamente el lazo que en la guerra unía a todos los sectores nacionales. Ahora era posible que cada uno procurase inclinar a su criterio la obra forzosamente inaplazable de creación definitiva del Estado, de organización del pueblo español, y de orientación de una política que pretendía ser constituyente y había de prejuzgar y decidir una larga etapa de nuestra historia.

No se podía pensar en que se anduviera a buen paso si el instrumento de gobierno no era perfectamente coherente. A la *ligadura de necesidad* que antes en la guerra nos había unido, tenía que suceder ahora la de un *propósito concorde*. En la medida de lo posible me esforcé en conseguir una operación en aquel sentido. Dado el partido único como base del régimen, el Gobierno había de estar acorde con los principios del partido. Sin embargo el hecho fue que resultó prácticamente menos homogéneo y también menos eficiente que el de la anterior etapa, pero esto no se debe ciertamente a la intención con que fue constituido¹.

Con ocasión del segundo gobierno no llegó a plantearse el problema de si debería existir o no bajo la jefatura del Estado una jefatura de gobierno. Durante la guerra yo había sido el más decidido defensor de la tesis de unión de estas dos jefaturas. Era natural, entre otras razones porque frente al poder de las jefaturas militares de los grandes territorios –que entonces se llamaban irónicamente virreinos- la autoridad del gobierno representada por alguien que no fuera el mismo Generalísimo hubiera sido muy precaria; pero terminada la guerra acaso hubiese sido conveniente aquel desdoblamiento para una mayor libertad de rectificación en la jefatura del Estado.

La opinión y consejo de los falangistas madrileños recién liberados, y poseedores de títulos de jerarquía junto a José Antonio en las primeras horas, influyo decididamente en lo que entonces se hizo. Se practico una operación política en apariencia importante pero llevada a cabo sin visión realista.

Se había establecido un sistema de mando con demasiados grados: Jefe Nacional, Presidente, Vicepresidente, Secretario y Vicesecretario. Yo fui nombrado Presidente de la Junta política cargo que, al no tener ninguna función ejecutiva -esta correspondía a la Secretaria general del Partido- quedaba flotando en la vaguedad de las misiones puramente teóricas. Otra vez para orientar o para influir (mandar directamente era imposible) había que arrebatarse por propia iniciativa y no por fuero -o sea en terreno resbaladizo- la autoridad; la situación seguía sin ser cómoda para mi. No obstante durante algún tiempo, siempre discutido, tuve autoridad aunque fuera de modo inseguro.

¹ Es estúpido negar el carácter "formalmente" totalitario de aquel régimen. Como es inexacto afirmar su carácter "realmente" totalitario, porque solo hubo una totalización personal de poder. Considero necesaria esta matización a propósito de lo que digo en las primeras líneas del capítulo segundo. Si ya José Antonio había manifestado en alguna ocasión la sospecha de que esto era lo que pasa en Alemania y en Italia, ¿qué cabía pensar de aquí, donde el partido y sus órganos proporcionaban personal y "fachada", pero apenas contaban en las decisiones importantes? Es esta materia de gran importancia que no puede despacharse aquí en unas líneas y que será ampliamente tratada en otro libro.



Luego, en una etapa muy posterior (con otras personas en el mando del partido) la decepción y el hastío hicieron que ante mezquinas ambiciones me aviniese yo a renunciarla prácticamente.

En la operación política a que me estoy refiriendo fue designado Ministro Secretario General del Partido el General Muñoz Grandes, uno de los militares señalados como más próximos a la Falange, con reputación de buen soldado y de hombre austero. Aquella significación haría que años después se le situase en el honroso puesto de Jefe de la División Azul que combatió al comunismo en la estepa rusa².

Como Ministro Vicesecretario fue designado Pedro Gamero del Castillo, falangista procedente de los sectores políticos católicos y que apenas llegaría entonces a contar veintiocho años. Tenía clara inteligencia, vocación y cultura, pero era demasiado joven y poco hecho para la tarea de dominar a una masa en aquel tiempo viva, áspera y levantisca. Para la Vicepresidencia de la Junta, que llevaba anejo un ministerio sin función, fue nombrado el escritor Sánchez Mazas, creador de muchas fórmulas estilísticas en la Falange³. El resto del gobierno quedó constituido así: Al General Jordana sucedió en Asuntos Exteriores el Coronel Beigbeder que abandonaba para ser Ministro los cargos de Alto Comisario en Marruecos y Jefe territorial de Falange en la zona de nuestro Protectorado; era miembro también del primer Consejo Nacional de Falange. Fue iniciativa mía el proponerle. Durante toda la guerra civil se había distinguido por su falangismo, hasta el punto de que la Falange de África, gracias a su protección, fue una de las más fuertes de España. Yo lo había conocido con ocasión de un viaje mío a Ceuta y Tetuán en el primer aniversario del Alzamiento; por mis impresiones y la opinión de muchos falangistas tenía la creencia de que su gestión allí había sido hábil y acertada. Recuerdo que Franco no acogió al principio la proposición con mucho entusiasmo. En Justicia sustituyó al Conde de Rodezno el tradicionalista

² *Aprovecharé esta alusión a la División Azul para decir que el envío a Rusia de aquella gloriosa unidad surgió en conversación sostenida por Franco y por mí después de consultar a algunos falangistas de nota. Yo sostuve que la División debía de ser voluntaria y política, contra la tesis de Varela y otros generales que, sin oponerse en lo más mínimo a la idea de su creación y destino, querían que fuera pura y simplemente una División oficial, regular, del Ejército español. Esto a mi juicio era inaceptable porque su carácter oficial comprometería demasiado al Estado y era muy difícil mantenernos –en cuanto al Estado se refiere– alejados de la guerra general. Al fin triunfó un criterio ecléctico: los cuadros de mando fueron profesionales –jefes distinguidísimos– y el Ministerio del Ejército fue el responsable oficial de su organización y funcionamiento; pero los cuidados “extra”, sin embargo, –envío de ayuda, atenciones a las familias, etc.– corrieron muy principalmente a cargo de los Servicios de Falange y de los que yo personalmente establecí para el caso en mi Ministerio. Presté a la División la mayor atención, con todo interés y cuidado. A mí más que a nadie se me hacía patente que aquellos muchachos abnegados, generosos y valientes, se sacrificaban ellos “solos” para que no tuvieran que sacrificarse “todos” los españoles. Su sacrificio nos daría un título de legitimidad para participar un día en la soñada victoria y nos excusaba de los generales y terribles sacrificios de la guerra. Nunca se les agradecerá bastante lo que hicieron, muy a sabiendas –los más de ellos– de lo que hacían. Por ello he presenciado –presencio– siempre con dolor el desamparo en que luego algunos de ellos quedaron. En cuanto al nombramiento de Muñoz Grandes fue propuesta mía al Generalísimo exhortado por el joven Enrique Sotomayor, falangista de alto espíritu, inteligente, íntegro, que cayó heroicamente en el combate. También Dionisio Ridruejo, igualmente voluntario en la División Azul, abogó por este nombramiento. Estaba previsto el nombramiento del General Rada para este cargo pero consideramos que la “interior satisfacción” de que hablan las Ordenanzas Militares sería mayor en los combatientes si se les mandaba un jefe de su misma o próxima ideología.*

³ *Basta esta somera descripción para comprender que el sistema no podía funcionar. Aunque yo no lo hubiera querido, mi proximidad a Franco en aquellas horas me concedió influencia que necesariamente ponía en situación incómoda al Secretario General poco ducho políticamente. Por añadidura el Vicesecretario era “hombre mío” y no “suyo”. No faltaban en los grados inferiores personas que para ganar libertad de acción jugarían a elegir la instancia o el apoyo más conveniente en cada caso, provocando cuestiones de competencia y enciñamientos. Cierto que la Junta Política se reunía aún con frecuencia y permitía airear las cuestiones. Pero no bastaba. La secretaría General siempre estuvo en fricción conmigo y me fue hostil. El General dimitió y Gomeró del Castillo (un sistema de equilibrio y de compensación) le acompañó en su salida. Sánchez Mazas era nulo y tampoco duró mucho. En aquella situación confusa yo me desentendí en lo posible y cuando después de un periodo de “sede vacante” fue nombrado Arrese Magra para Secretario las cosas fueron cada vez más confusas. La tensión interna en Falange fue constante y en definitiva fue la causa de mi cese en el gobierno unos tres años después fue constituido el complejo sistema que no podía funcionar.*

Esteban Bilbao. El General Varela fue designado Ministro del Ejército al desdoblarse el anterior Ministerio de la Defensa Nacional en los Ejércitos, Marina y Aire.

El General Yagüe fue nombrado Ministro del Aire. Fue sin duda el primero entre los Generales que se manifestó rotundamente como falangista mucho antes de la unificación. Muchos de los más exaltados falangistas lo reconocían entonces como jefe y seguían o buscaban sus inspiraciones. En la guerra se había destacado por sus grandes cualidades de jefe⁴.

El Ministerio de Marina fue confiado al Almirante Moreno, laureado en nuestra guerra civil. En el Ministerio de Industria y Comercio se situó a Alarcón de la Lastra, combatiente heroico en la guerra, cuya gestión por aquellos días como Gobernador civil de Madrid había sido muy eficaz en la solución de los difíciles problemas del abastecimiento.

Benjumea, de quien ya he hablado como primer Director General de Regiones Devastadas, fue nombrado Ministro de Agricultura.

Larraz que pertenecía al grupo de mayor significación católica incorporado a la Falange, fue nombrado Ministro de Hacienda. Al antiguo Ministerio de Instrucción Pública (llamado ahora de Educación Nacional) fue Ibáñez Martín, procedente del sector monárquico en la época de la Dictadura y entonces incorporado al falangismo. Por último, yo seguí desempeñando la misma cartera que en el gobierno anterior a la que ahora se añadían las funciones del Ministerio de Orden Público, restableciendo con ello nuestro tradicional Ministerio de la Gobernación.

Con estos datos *claramente* queda expresada la tendencia de unidad falangista en la intención, ya que -como luego puede verse- no lo fuera tanto en la práctica. Un discurso pronunciado por el Jefe del Estado, del Gobierno, del Partido, y del Ejército, ante el Consejo Nacional subrayó este matiz de un modo resuelto. Así pues se abría una nueva etapa política; una etapa cuyas misiones centrales habían de ser: primero la reconstrucción del Estado español en un nuevo orden jurídico y mediante instituciones nuevas y (en la intención) definitivas, capaces de evolucionar sin otras rupturas; segundo la pacificación y la reconstrucción moral y económica de España, y tercero la potenciación de la Patria económica, política y militarmente, para enfrentarse con sus problemas históricos con independencia y poder efectivos. Las líneas teóricas definidas por el partido en las que se incluía una auténtica revolución social capaz de nacionalizar a las masas, elevar su nivel de vida y hacer servir la riqueza española en un orden más justo, habían de ser las inspiradoras de esta etapa y de las sucesivas. Para todo esto, pero sobre todo para las tareas más inmediatas y reales de pacificación y reconstrucción y de organización jurídica del régimen, era precisa, indispensable, una larga época de paz. Era forzoso también el restablecimiento de las relaciones exteriores de España atando sobre todo los cabos sueltos por la guerra, los que unían nuestros intereses a los intereses de los países democráticos, sin cuya buena disposición, sobre todo en materia económica, la reconstrucción había de ser difícil. Hacia el recobro de estas buenas

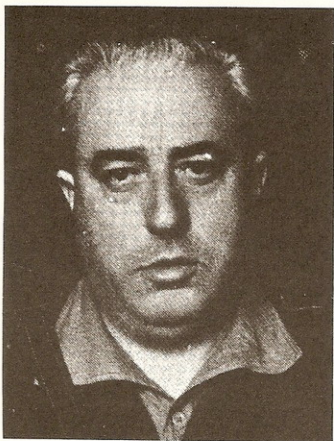
⁴ *La figura política de Yagüe merecería una larga consideración que no cabe en esta nota. Franco me lo presenta en 1934, y desde entonces mantuve con él relación afectuosa. Como en algún otro lugar he indicado fue mía la idea de implicarle en las tareas y responsabilidades del gobierno. Fue un conspirador constante, aunque luego se arrepentía siempre. Pero merece todo respeto su memoria porque además de un gran organizador era un hombre sincero y honrado que no usa del poder, a la manera de algunos "alquimistas", para la transmutación de su fortuna.*



Don Esteban Bilbao Eguía, Ministro de Justicia.



Teniente General don José Enrique Varela Iglesias, Ministro del Ejército.



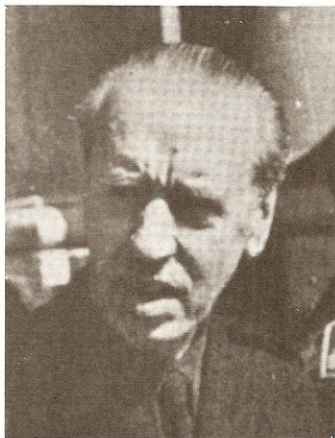
General de Brigada don Juan Yagüe Blanco, Ministro del Aire.



Almirante don Salvador Moreno Fernández, Ministro de Marina.



*Teniente Coronel don Luis Alarcón de la Lastra,
Ministro de Industria y Comercio.*



*Don Joaquín Benjumea Burín, Ministro de Agri-
cultura y Trabajo.*



Don José Larraz López, Ministro de Hacienda.



*Don José Ibáñez Martín, Ministro de Educación
Nacional.*

relaciones se dieron entonces los pasos necesarios; pero esto siempre que fuera compatible con la idea que teníamos de que había terminado la antigua situación de dependencia respecto a determinada órbita político-económica. De ahí también nuestra amistosa y esperanzada atención a los pueblos del Eje pero dentro del respeto absoluto a nuestra independencia. Nunca hubiéramos admitido romper con la dependencia anterior para caer en otra *dependencia semejante*. El *equilibrio* era por entonces nuestra posición. Equilibrio para recorrer una larga etapa de mera preocupación interior y cuya condición primera era que el peligro de la guerra se alejase. No fue así, y aquel gobierno nacido para misiones de paz hubo de enfrentarse -aunque fuese para defenderse de él- con el hecho de la segunda guerra mundial.

Nuestra breve etapa de paz

Antes de que la guerra en Europa comenzase pudo vivir España y por lo tanto su Gobierno una pequeña etapa de intensa y esforzada actividad. Fue la etapa de mayor intensidad en las tareas del partido el cual preparó entonces, ya que no bajo mi mando sí bajo mi dirección, un proyecto de constitución política a estatuto general del Estado y otra serie de leyes importantes⁵; y también en la actividad del Estado atento sobre todo a los urgentes problemas económicos. La situación era mala. Mientras la zona nacional, de economía primaria y menos delicada, sin tener que atender a la alimentación de grandes poblaciones, se mantuvo próspera durante nuestra guerra civil según ya se ha dicho, la España roja apareció en cambio saqueada y extenuada. Al producirse la fusión el tono de la vida en toda España sufrió, a consecuencia de la escasez, un positivo descenso. Por otra parte el despojo de las reservas metálicas de nuestro Banco Nacional, la ruina de industrias y campos, los gastos de guerra y el desorden rojo en la administración, nos legaban una situación financiera penosa. Se discutía el problema del empréstito⁶ y con él los problemas más urgentes del comercio exterior *cuando la guerra de Europa vino, de momento, a cerrar todas las posibilidades, a imponemos un repliegue a los propios recursos*.

Junto a esto también quedaban planteados innumerables problemas de política interior a cuya resolución no ayudaría ciertamente la guerra: el mayor de todos el de la generosa y total asimilación de la masa vencida, el problema de la liquidación de la guerra civil. A la larga -ya que no en los primeros tiempos- la repercusión interior de la guerra mundial haría incluso más difícil la fusión de los propios elementos nacionales en una política definitiva, pues una sombra de provisionalidad se proyectaría inevitablemente sobre esta misma política restando atención a los problemas interiores planteados. La -como se quiera mirar- prudente o peligrosa tendencia al equilibrio de fuerzas o indefinición del régimen, manifestada desde el principio, tomaría mas claramente estado merced al juego de la guerra mundial. Acaso esta no hubiera sido necesaria para que tal indefinición se produjera pero lo cierto es que la promesa de unidad política neta, apuntada en la formación del gobierno, con la guerra no acabaría nunca de ser realidad.

⁵ *La Ley de Cortes que luego se promulgo fue -con algunas variantes- la segregación, algo deformada, de un capítulo de aquella Constitución que preparamos en la Junta Política en el verano de 1940. En otro libro ampliare debidamente este tema, zafiamente presentado por la Secretaria General de Falange.*

⁶ *Sobre este punto me he extendido en la nota de la página 158*

La Falange no llegaría a ser jamás el partido único gobernante, la base exclusiva del poder, ni mucho menos. Una oposición –me refiero aun y sólo a fuerzas nacionales- de diversas tendencias la contrapesaría continuamente, incluso desde dentro del poder. Ni la legislación ni las medidas de gobierno llegarían a ser jamás resueltamente unitarias. En último término el centro de gravedad, el sostén verdadero del régimen (pese a las apariencias que tontamente nos esforzamos por exagerar) fue y seguiría siendo el Ejército: el Ejército nacional -pero no definitivamente político- sería aun (acaso por fortuna) el suplente de un Estado que no acababa de ser, que no acababa de tomar cuerpo institucional y forma orgánica verdadera. Yo no pretendo en este libro -por el contrario lo rehuyo, o mas exactamente, aplazo esta tentación- hacer un relato puntual de los incidentes en la trayectoria de la política española de estos años. Ahora voy sólo de paso por estos temas hacia otros de esclarecimiento más urgente. Pero algunas cosas deben quedar en claro y una es esa: la Falange, lo que quiso ser, lo que esencialmente era, no fue la única ni la principal titular de este régimen ni de ninguna de aquellas etapas políticas. Fue hasta donde pudo, mantenedora de una tendencia que acaso hubiera prosperado en ciertas circunstancias; pero no pasó de ahí, porque el régimen ha mantenido un cierto equilibrio entre las distintas fuerzas integradas en la unificación.

Muchos tienen prisa por quitarse el sambenito de totalitarismo que al régimen presente le ha caído encima. Pues bien, para lograr eficazmente ese resultado nada es tan útil como hablar seriamente. Podemos asegurar que el régimen nunca se decidió a ser eso, aunque se mostrara revestido con sus más superficiales apariencias. A cada uno lo suyo: este régimen no ha sido totalitario como tampoco democrático o liberal. Lo que sin la guerra mundial habría sido sólo Dios lo sabe. Lo que en definitiva sea aun esta por ver⁷.

El lector me perdonara si le hago ir continuamente del hecho a la digresión y de la digresión al hecho. Algún día -cuando los hechos solos puedan mostrar todo el valor que tienen- le prometo un relato más descarnado y también más rico en nombres de personas, sucesos, y juicios completos.

Estas que ahora hago son reflexiones *a posteriori*. En aquellos días -recién formado el segundo gobierno nacional y aún lejana, en nuestro deseo al menos, la guerra europea- mi apreciación de las cosas era bien distinta. He de reconocer, en la medida en que es cierto, el pecado de juventud, de inexperiencia y de excesivo idealismo -de tendencia a las aspiraciones geométricas y absolutas en política- de que con frecuencia nos han acusado a mí y a los que -más o menos fielmente- me acompañaron en las etapas políticas sobre que versa esta narración. Cerca de mí hubo siempre, es cierto, jóvenes impulsivos y un poco quiméricos (y había también otros, menos respetables, que fingían serlo con su cuenta y razón pero que cada vez que la ocasión se ha presentado han sabido ser *sensatos* y *prácticos*) que pudieron influir en actos políticos míos o del régimen que hoy puedan parecer equivocados. Pero hay que puntualizar. Por lo que a mí respecta creo que, si bien puedo acusarme hoy de esperanzas indebidas -¡ilusiones y esperanzas que justificaron muchas cosas!- no puedo en cambio confesarme -ello sería injusto y erróneo- de haber perdido el contacto con la realidad o de haber procedido en cosas de interés nacional sin cautela y precipitadamente. Por el contrario en aquellos tiempos eran muchos (de esos que ahora son *sensatos* y *prácticos*) los que me

⁷ Y sigue estando.

motejaban de prudente, de cauteloso, y posibilista⁸. Aludo a elementos activos en el régimen y me hago cargo del asombro que esta manifestación -que documentaré un día con muy concretas puntualizaciones- producirá a los lectores extranjeros, alejados de nuestra intimidad política y poco informados.

En realidad creo que las direcciones fundamentales de la política española en que yo haya podido influir fueron direcciones convenientes, casi forzosas y desde luego, por entonces, muy poco discutidas por las gentes de autentica experiencia e inteligencia. Sobre el realismo y la utilidad de esa política he de decir mucho en este libro. ¿Qué en ocasiones éramos crédulos o ilusos respecto a las personas?, ¿qué perseguíamos ideales un poco fuera del alcance de las posibilidades reales?, ¿qué poseídos de fe procedíamos con intransigencia demasiado rectilínea? Todo eso es verdad; pero cuando tuvimos en nuestras manos el destino de España, como gestores de sus mas delicados intereses, supimos, como aspiro a demostrar, conservar junto a la inflexibilidad la mesura y el sentido de la responsabilidad en una medida y con una firmeza en que -tengo razones para creerlo- no la hubieran conservado los hombres mas *sesudos* del momento.

Mi juventud estaba por entonces muy contrapesada por sentimientos muy profundos y principalmente por el de mi gravísima responsabilidad. Mi experiencia -en algunos aspectos deficiente- no era tampoco menor de lo que suele serlo la de los políticos en países de tan escasa continuidad como el nuestro. A través de mi profesión de abogado, de mi participación en funciones publicas y más tarde como diputado a Cortes en las legislaturas republicanas, pude sobradamente conocer tanto la técnica de la Administración como el "secreto" de la vida política. Hay que añadir a esto dos años de acción política efectiva en trance de constituir un Estado y de intervención forzosa en casi todos sus problemas. Incluso mi tensión idealista era -por fuerza- menos rigurosa en 1940 de lo que había sido en 1937 al llegar a la zona nacional bajo las impresiones de la guerra en marcha. Tampoco era la misma mi inapetencia de poder que en los primeros momentos: La acción había tenido que luchar contra esas realidades. Me sentía situado en un puesto que me obligaba a querer o a renunciar resueltamente. Esa situación ponía en mis manos muchas mas responsabilidades pero también muchos más medios de poder; aunque a decir verdad no tanto de los segundos como de las primeras. La apariencia -eso había de sentirlo más tarde y en ello hay una muestra de la relativa inocencia que he confesado- era mucho mayor que la realidad. Yo no era aquella figura omnipotente que una leyenda oscura y de muy complejos orígenes quiso representar en mí. Un día la desmenuzare. Yo no era ni de derecho ni de hecho jefe del Gobierno; cada ministro era absolutamente independiente de mí y hostil no pocas veces. Tampoco, como he dicho, era jefe ejecutivo del partido. Y no obstante parecía (reconozco la contribución que en ello tenia la propaganda subrayando mi actividad que no era pequeña) que aquel gobierno y aquel partido fueran en todo cosas mías. ¡Nada menos cierto!⁹ He de reconocer que era entonces probablemente el ministro que tenía mayor

⁸ *Algunos viven todavía, otros murieron va, pero "en el orden", en la conformidad. Pocos, poquísimos, -casi diría que ni uno solo- de los inconformistas, mis "presionadores" de entonces, se apartaron del sistema que todos consideran absolutamente insatisfactorio y al que más tarde sirvieron todos sin condiciones y con mucho más posibilismo que yo.*

⁹ *Habrà que hablar aquí de la propaganda. Estaba ésta en mis manos y se me escapaba de las manos. Disponía de ella y podía volverse contra mí. No hay duda de que mi figura fue muy peraltada, como diría Ortega, por una propaganda sin cautela ni medida. Ello era peligroso porque desencadenaba celos y excitaba rivalidades. Pero sobre todo, porque creaba una falsa imagen de mis poderes efectivos. De tal modo, sin embargo, yo no era hombre poderoso y personalista -o al menos no quise serlo-, que yo no creé cargos, sinecuras o famas para mis amigos, mis parientes, o mi clientela. Claro que intenté, y en alguna no tuve alma de cacique. Luego, cualquiera fue muchísimo más poderoso que yo en ese campo. Lo cierto es que la imagen propagandística de hombre todopoderoso se produjo. La propaganda era entonces una superstición muy generalizada: A Arias Salgado, nombrado más tarde*

influencia, el más atendido en el consejo y el más libre en la acción. Es que era también el más independiente y todos los días me jugaba una cartera que, por sí misma, nada me interesaba. Pero nada de esto me daba autoridad efectiva ni título jurídico de mando sobre la política ajena a mi Ministerio. Franco no compartió su poder conmigo y al fin Y al cabo era el quien decidía. Por lo pronto, y antes de que la guerra europea llegase, el Gobierno se dividió en grupos, algunos de los cuales me eran netamente adversos o cuando menos enteramente independientes de cualquier influencia unificadora que yo efectivamente tuve la ilusión de poder ejercer. Tal era el caso de los ministerios militares y económicos. Incluso en el partido surgió en seguida una situación de desacuerdo e independencia por parte del Ministro Secretario General cuya raíz de origen estaba a mi juicio en los elementos que intermediaban nuestra relación.

Del partido, ciertamente, no me desentendí *entonces*, y la responsabilidad de aquella etapa (la anterior a la guerra y la de los primeros tiempos de ésta) puede achacárseme, más por omisión que por acción.

Respecto a la obra de gobierno mi acción, y con ello mi influjo, no pasó de los límites de mi propio departamento (cuya amplitud era ciertamente considerable) y de ellos no salí hasta que el hecho de la guerra mundial me indujo a creer que los temas exteriores debían ser primordialmente atendidos según un criterio más concorde con los principios del régimen y con los intereses del Estado, en contra de lo que, a mi juicio, venía ocurriendo en el Ministerio de la Plaza de Santa Cruz. Mientras tanto, consumían mi actividad la organización del Orden Público y el estudio de los problemas de la Administración local sobre los que trabajaba en la redacción de un código. Algunos jóvenes falangistas, no todos, muy notables -pero dos o tres de excepcional valía- me ayudaban a gobernar la prensa y la propaganda, a la que prestaba yo entonces especial atención. Otra parte de mi actividad política la consumían las intensas tareas de preparación legislativa (en gran parte quedó todo en vano proyecto) que especialmente en agosto de 1940 fueron acometidas con laboriosa continuidad. Todo ello significaba, suponía -repito- la esperanza de una etapa de paz. Al llegar la guerra, como he dicho, mis preocupaciones centrales cambiaron de rumbo: Ahora no era ya nuestra obra la que por sí sola decidiría nuestro destino.

Cuando en Europa estalló la guerra, con nuestras relaciones exteriores todavía inseguramente establecidas y todos los problemas interiores pendientes, el Estado español experimentó la sensación de angustia, el sentimiento de contrariedad, que se hizo bien patente en aquella nota redactada por Franco y comunicada a todo el mundo que era un llamamiento desesperado a fin de evitar su extensión; una suplica a los Estados para que se esforzasen por localizar y no por generalizar el conflicto. Las penalidades de nuestra propia guerra eran un ejemplo de dolor que debía tenerse en cuenta para que no lo sufriesen todos los pueblos. A España le dolían tanto los estériles

jefe de los Servicios de Prensa y Propaganda por Arrese Magra cuando éstos pasaron a la Secretaría General de FET y de las JONS, se le oía decir: "La eficacia de la propaganda es tal que afirmar una cosa, un valor, una persona, aunque sean mentira, a fuerza de repetir la cosa, el nombre, etc., cien veces, mil veces, la gente acaba creyéndolo como verdad. "Era, por decirlo así, una fe staliniana más aún que fascista. De esa fe participaban muchos en las alturas y también algunos de mis amigos y colaboradores y yo me deje llevar. Personalmente no me importaba nada aquella inflación publicitaria en día en que la tristeza inundaba mi espíritu y me despersonalizaba en mi intimidad. Pero la popularidad era entonces un deber que, erróneamente, acepté. Todo el mundo estaba allí de acuerdo -muchos los siguen estando aún- en que exaltar, denigrar, hacer aparecer, o sepultar en el silencio cosas y personas, era solo cuestión de insistencia. La institucionalización de la mentira es así tan posible como la predicación de la verdad. Se hace lo que conviene, es una moral nueva. Pero, al fin, el resultado es que todo se envilece y se vacía. La propaganda es la enfermedad de nuestros días. Yo lo padecí sucesivamente como protagonista y como víctima. No es para alegrarse.

destrozos que al mundo se le ofrecían como porvenir cuanto las consecuencias que para la misma paz española habían de seguirse. Un decreto declaró la neutralidad española.

Era claro para mí -y no digo para los más apasionados de los falangistas que me rodeaban- que la suerte de España iba a jugarse también y que teníamos que estar muy atentos a tal ocasión. No obstante -pese a las razones de legítima simpatía que luego explicaré- la actitud de cada uno de nosotros correspondió real y sinceramente a la disposición de Franco. Ni las simpatías, ni las gratitudes, ni siquiera las reales conveniencias, podían aun entrar en juego para inclinar a España a la beligerancia en este o en aquel bando. Faltaba un dato inexcusable -tristemente inexcusable- en la política: el dato de la realidad, del signo que hubieran de tomar los acontecimientos. Entre tanto todos, cada uno con sus opiniones, sus deseos, o sus sentimientos, permanecíamos en silencio.

Una cosa era evidente. Más pronto o más tarde España había de establecer contacto y tomar posiciones -aunque fuera dentro de la neutralidad- con respecto a las potencias e intereses representados en el conflicto. De lo más hondo de las intenciones del Movimiento nacional subía una exigencia: elevar el nivel de España en el mundo. La humillante postergación de España -siempre alejada de cualquier intervención en los grandes asuntos internacionales- nos parecía una injusticia. Gran parte de la culpa de esta humillación la tenía seguramente la propia política española; de ahí nuestro programa político de regeneración nacional. Pero otra parte importante de culpa correspondía a la codicia y la inflexibilidad de las potencias dominantes en la última centuria; de ahí nuestro lógico programa de fortalecer la potencia nacional para hacernos escuchar y entender y, en último extremo, para hacernos sitio entre las potencias europeas. También para esto hubiera sido necesario la paz. Más como el hecho era la guerra, resultaba preciso estar y pesar en la coyuntura de la guerra, aunque con peso no beligerante. Esto exigía primero atención y después decisión, para servir el mejor interés de España. Nuestra neutralidad no podía por lo tanto ser retraimiento. Que las que digo no son consideraciones amañadas tardíamente para esta hora como los maliciosos pudieran pensar, lo pruebo con un texto mío anterior a la guerra en Europa. Yo había dicho en Roma -en junio del 39- en un discurso que pronuncie ante los gobernantes italianos reunidos en el Palacio Venecia: *El ideal de España no es el odio ni la guerra, sino la paz. La paz para establecer sobre ella, con la justicia y el trabajo, el poderío y la grandeza de nuestro pueblo. Queremos la paz, pero una paz que nos permita ser fuertes, no una paz que nos haga esclavos.*

La paz había huido de Europa. No era nuestra la culpa. Pero en la guerra como en la paz nosotros no teníamos por que renunciar a la defensa de nuestros justos ideales, de nuestras legítimas aspiraciones.